



Ecce Homo. Ecce Mulier

El palo de un gallinero

Jornada 8ª. Domingo 22 de junio.
Bembibre

Una crónica es un cuento que es
verdad.
Gabriel García Márquez



Una semana antes de emprender nuestro viaje, Anxo y yo acudimos a meternos en vereda, participando en la Salida del Santo, fiesta religiosa que hacen los vecinos y vecinas de Bembibre una vez cada siete años. 1903, 1910, 1917, 1924, 1931... No hay fallo en el septenario, salvo en 1938, que el Santo no salió por causa de la Guerra Civil. Luego, 1945, 1952, 1959, 1966, 1973, 1980, 1987, 1994, 2001, 2008 y la próxima en 2015, a la que vendré prejubilado, con mis hijas ya casaderas y mi nieto Martín hecho un mozo. Así pasa la vida, como un relámpago, de siete en siete y tiro porque me toca.

Tengo buen recuerdo del Santo desde que en 1994 publiqué, con Manuel Domínguez, el *Álbum de Bembibre*, libro de fotos que nos dio muchas alegrías. “La tradición de la salida y el septenario –escribí entonces- son ancestrales y no son exclusivas de Bembibre; traslados y procesiones militares son comunes a muchos pueblos de España. También el *Ecce Homo* se venera en otras localidades. Sin ir muy lejos, el *Ecce Homo* de Villaverde de los Cestos es mucho mejor que el de Bembibre... según los vecinos de Villaverde”. Y es cierto que tal cosa me dijeron, desdeñosos con Bembibre, los vecinos de Villaverde cuando pasamos por allí a caballo en 1988. A mí la imagen de Villaverde me pareció de poco mérito artístico y, en cuanto a la de Bembibre, de poco o ninguno. Es una talla gótico-renacentista, por decir algo, hecha en madera nogal por un imaginero de Salientes en el siglo XVIII. Ya entonces el Cabildo rechazó la imagen por tener la nariz defectuosa y el escultor hubo de rebajar el precio un duro para compensar la pifia.

Aunque la imagen sea corrientita, la fiesta es la repera y, como correspondía el septenario en junio de 2008, no quisimos faltar a la cita que convoca a todo el arciprestazgo del Boeza, no vaya a ser que por no hacer las rogativas deje de llover siete años. Desde primera hora, se dispone el orden de la procesión a lo largo de la carretera de las Ventas. Como si fuera un plató de cine, unos numeritos pegados en el arcén señalan el lugar de cada quisque. 9, mujeres con mantilla. 8, personas ofrecidas. 7, asistentes con indumentaria y asociaciones varias. 6, niños de comunión. Luego otros letreritos evitan que algún niño se confunda de parroquia: Bembibre, Albares, La Ribera, Folgoso, Boeza, Colinas del Monte, Quintana de Fuseros, Cabanillas... y así todo el arciprestazgo.

Al acercarnos a la explanada del Santo, vemos que los pendones descansan sobre la barandilla, también colocados por parroquias. Pendonistas de La Encina, pendonistas de Cabanillas... y así hasta cuarenta. El de Cabanillas es un modelo estándar, prototipo de pendón del siglo XXI: el arnés de cuero es nuevo del trinque, se ve que estrenan tradición, los remos o vientos son de cordón trenzado, y corona la punta un ramo de flores de plástico y un crucifijo. Los colores son verde, rojo y morado comunero, morado castellano. En lo alto de la torre, repican con estruendo las campanas.

Al reclamo del badajo, subo con Anxo al campanario por unas escaleras sucias como el palo de un gallinero. O la parroquia anda mal de dinero, o de higiene, o el *sancristán* ha montado aquí un palomar. Superado el campo de minas, asomamos la cabeza por entre dos campanas con melena de madera, muy remendadas, reforzadas con remaches oxidados. Hace muchos años que nadie voltea estas campanas. Tres campaneros se turnan y compiten a ver quién mueve mejor el badajo. Son Alberto y Alonso de Folgoso, y Ángel Insunza de Almázcara, aunque no respondo de los nombres exactos porque se presentaron a grito pelado, sin cesar el repique del toque de fiesta o volandero, llevando con soltura los dos badajos a la vez.

Vemos la trastienda desde el pico del campanario. Detrás del santuario, los danzantes de Fornela se ajustan las fajas, cerca de los morteros preparados para el estallido final de pirotecnia. Pueblo de pirados y pirómanos: si no hay cohetes, no hay fiesta. Pero una vez más, el paisaje del Bierzo se adueña de mi vista y me abduce. Cuento hasta dieciséis molinos de viento en las montañas del Redondal y otros diez enfrente. Toda la vega del Boeza está arada, sembrada y cultivada en pequeñas huertas, salvo alguna latica a poulo. Los planos se superponen desde la línea de la carretera, bordeada de acacias. Las primeras huertas están adosadas a casinas o chamizos de fortuna, donde reina la peste de la uralita. Más allá, ganan terreno los sembrados hasta el cauce del río, señalado verticalmente por las masas de chopos y, luego, en la tercera línea, suben colinas de castaños y algún soto de pinos. En la última línea recorta el horizonte el monte bajo, casi pelado y estéril, el reino de los conejos. Bajamos la escalera de caracol, que sigue sembrada de cagadinas de paloma. El día de la salida del Santo, la torre huele a gallinero: se diría que no la han limpiado desde el último Santo, hace siete años. O tal vez nunca.



Fellini en Bembibre

En el interior del santuario, se desnuda la parafernalia religiosa, si rascas no hay nada debajo del rito. Hombres con faldas, con ridículos faldones ampulosos. Me viene a la memoria la película *Roma* de Fellini, cuando la curia vaticana organiza un desfile de moda eclesiástica. Fellini, te quiero. En el centro, impaciente, mosqueado, el obispo de Astorga, con bonete morado. Debo aclarar que yo, descreído, tengo mi propio obispo de Astorga. De vez en cuando suena el móvil y al otro lado se oye la voz:

-Buenas tardes, le habla el obispo de Astorga.

Al punto sé que me llaman desde San Sebastián o Madrid y es la voz ronca y la carcajada sincera del marido de Maite, Raúl, el verdadero obispo de Astorga. El otro, el suplantador que lleva faldas, nunca me llama. Para tomarle la medida al Señor Obispo, Su Ilustrísima, hay que poner oído a lo que murmuran las parroquianas, tan caritativas con las debilidades humanas. Que si éste es adusto y distante, que si el otro era más humano, pero le daba al jarro o a la copina de coñac. Cosas que todo el mundo sabe y no se pueden decir en voz alta. Cuando las dijo Carnicer, muy suavemente, en su viaje por La Cabrera, el obispo de Astorga montó en cólera. "Si yo hubiera querido –escribió luego Carnicer-, no ya ofender a los curas de La Cabrera, sino retratarlos con toda veracidad, habría dicho que el



de Pombriego me dijo que en el orden moral él no podía abrir boca, dado que su antecesor había tenido no recuerdo si ocho o nueve hijos con su ama o sirvienta, hecho público y en nada disimulado. Habría dicho también que conocí una porción de hijos de curas, y no era extraño que contraviniendo las disposiciones del concilio de Trento, los curas de la zona tuvieran a su servicio muchachas jóvenes en lugar de mujeres pasadas ya del climaterio”.

Nada humano nos es ajeno. Si les quitamos el disfraz, los obispos son seres humanos comunes, con sus debilidades, como Anxo y como yo, cada uno tiene las suyas. A unos les gusta el vino y a otros las mujeres, y eso les hace más humanos, más cercanos, más entrañables. Entonces, cuando los veo como personas, merecen todo mi respeto, porque eso es lo normal; lo anormal es lo otro, la hipocresía y la mentira, los faldones y disfraces, la impostura. Pienso estas cosas sentado en los bancos desiertos del santuario, en el que nos hemos colado a hacer fotos indiscretas. Al periodista le interesa más la trastienda que el escaparate. El obispo de Astorga se ajusta otra vez el bonete y tuerce el gesto. La procesión tarda y el mosqueo del obispo asciende a cabreo. Le asiste un curita joven de barba recortada. Veo cíngulos blancos, estolas jaspeadas y rojas. Demasiada ropa talar junta. Los ribetes se entrechocan afectuosamente y dejan ver los pantalones. Me parece que es demasiada ropa para el calor que les espera en la procesión. A ellos, porque nosotros nos escaparemos al primer descuido en busca de las gambas del bar Tropezón. Los moros, más prácticos, no llevan *nada* bajo la sencilla y fresca chilaba. Las chilabas católicas son más para el invierno, no las veo muy prácticas en junio.



Menos mal que el Señor Obispo ha encargado a la modista Ágatha Ruiz de la Prada diseñar los ropajes eclesiásticos para el cura de La Rosaleda, la nueva parroquia de Ponferrada. Algún piadoso dirá que estas cosas las inventamos los ateos para desprestigiar a la jerarquía católica, pero la noticia viene en *Bierzo 7* a toda plana: “La diseñadora se ha tomado con mucha ilusión el encargo. No sabemos si sus característicos colores chillones y mezclas rupturistas tendrán cabida”. ¡Viva el *aggiornamento* de la iglesia berciana!; estoy deseando ver a don Máximo, el párroco de la Rosaleda, vestido de Buen Pastor por Ruiz de la Prada: el alba en vez de blanca naranja butano, encima un roquete rojo con lunares verdes, el cíngulo con pompones y la casulla con un enorme corazón amarillo de Ágatha en mitad del pecho. Y al señor obispo, que le hagan el diseño Vittorio y Luchino.

La capilla es modesta, aseada, sin mucho mérito artístico, suelo de pizarra renovado, dos pilas bautismales vacías y dos confesionarios negros, uno enfrente del otro, que se confiesan los pecados en silencio, a través de las celosías cansadas. Me recuerdan las celosías del harén de Estambul. Turcos, árabes, españoles; judíos, cristianos, musulmanes. Las religiones del libro. Tan cerca y tanta sangre inocente vertida. También la del *Ecce Homo*. Por fin se arma la procesión con veinte curas. Los carteles tendidos a lo largo del atrio señalan el protocolo: clerecía, autoridades, cofradía de los hermanos del Santo...

Las campanas siguen con el toque volandero que se mezcla con unas castañuelas y redobles de tambores, que anuncian la llegada de la banda de cornetas y tambores de la Hermandad de Jesús Nazareno, de Ponferrada. Coño, estos son los de mi equipo, los de la parroquia de san Pedro, que salen el Miércoles de Ceniza en la procesión del Silencio. Alguien ondea un pendón mariano, “Tota pulcra es María” y en eso aparece la teniente de alcalde de Bembibre, Rula, con un escote fantástico, que deja entrever un sujetador rojo y transparencias de vértigo, desafiando la ortodoxia. El obispo mira de reojo con cara de mala hostia y Anxo clava la foto. Como diría mi madre, que ha venido, ella sí, de mantilla y peineta, “muy fresca”.



Son las 11:52 horas. La Virgen de la Encina llega a la rotonda en un papamóvil acristalado, matrícula S-8920-BBP. Aquí se globaliza lo que sea: si sacamos a la Virgen de la Encina por los pueblos de la comarca, que sea en vehículo blindado, que está El Bierzo lleno de terroristas, no vaya a ser que nos roben la corona de kilo y medio repujada y adornada con 266 diamantes, que no sé yo por qué necesita la Virgen, modelo de humildad y pobreza,

tantos diamantes y tanto oro en su camarín. En medio del bullicio, pasa una chica espigada, con mantilla, tacones de aguja y una minifalda espectacular. Otra que se ha confundido de boda. Con la emoción, Anxo hace la foto a la manera de Robert Capa, “ligeramente fuera de foco”. Siento que todo es un poco ridículo, anacrónico, teatral. Los sentimientos sinceros de algunas personas se mezclan con la tramoya de autoridades y poses, de protocolos y disfraces. Cuatro damas de honor portan la imagen de la Virgen y la descansan sobre unas andas, bajo un cielo de pendones.

Un cielo de pendones

Han venido a la cita todos los pendones del Bierzo. Los de Bembibre presiden la comitiva, que abren los Gigantes y Cabezudos, entre ellos nada menos que doña Beatriz y don Álvaro Yáñez, el Señor de Bembibre, con dos dragones enfrentados pintados en el pecho. Por entre los pendones, el Carabelote divierte al público, asustando a los niños con un erizo. Es el diablillo de los danzantes de Fornela, con sus cintas de colores. Les sigue un grupo de baile de Bembibre con un tamborilero y cinco mozas con traje berciano de gala, el pañuelo a la cabeza como corresponde a la tradición musulmana de nuestra tierra. Todo muy religioso. De pronto, la dulzaina deja el toque solemne y el tamboril se arranca con alegría.

Vienen luego el pendón de Torre, el de la Encina y el de Toreno, sin Pedro Muñoz. A pie de calle, en medio del tumulto, veo de cerca por primera vez a la Virgen de la Encina fuera de su camarín, a la luz del día y a fe que es morenica, gitana o mora, o segadora de tez curtida por el sol. Tez morena, también la de Montserrat, ¿será tal vez porque en su origen era una mujer de Palestina y acaso llevaba el pañuelo como lo llevan hoy las madres de Gaza? Si existe un modelo estético racial, la Virgen de la Encina es mucho más fiel a María de Nazaret que la Inmaculada de Murillo, de tez blanca y rasgos europeos. La Virgen -conviene releer la huida a Egipto-, hoy sería entre nosotros una inmigrante sin papeles, mendigando trabajo, perseguida. Sigue el pendón de Tombrío de Abajo, rojo granate, muy sobrio; el de Santa Marina, verde y rojo, la vara más alta del Bierzo, portada por la única mujer pendonera, Camino, a la que aplauden y jalean los mozos de su peña:

-¡Venga, Cami!

El de Tremor es una enseña alada, medieval; me gusta el de Rodrigatos, rojo, verde y nácar, y el de Noceda, rojo y verde, los colores que predominan en este cielo de pendones. Los de Igüña portan una modesta pendoneta. Por enmedio de la procesión, una especie de *sancristán* pasa el cestillo, que no el cepillo. La iglesia ha perdido hasta las formas. En mi época de monaguillo, había unos cepillos de terciopelo rojo, largos como un calcetín de Papa Noel, con un mango que se pasaba por entre los bancos y los feligreses metían la mano en el calcetín, de modo que nadie sabía si el óbolo era mucho o poco. Pero ahora, con este cestillín indiscreto, se ve el IRPF que deja cada parroquiano.

Volvamos a los pendones. El de Bembibre, verde-rojo-morado-blanco, uno de los más grandes, lo baila sin manos Francisco, con un dominio de pies y caderas espectacular, que el público aplaude espontáneamente. Un poco más allá veo el de Cabanillas y el de Colinas del Campo de Martín Moro Toledano, monocolor granate con bandas doradas, luego el de San Pedro Castañero, portado con una mano, el de Matachana, el de Albares, muy morado y de un verde precioso, que casi se cae encima del público enfervorecido. Buenos reflejos de los mozos, sujetando los vientos. La Banda Municipal de Bembibre ataca una pieza castiza, con refuerzos instrumentales de Astorga. Doña Hortensia le pide a Anxo una foto con la Virgen de la Encina, que Cabada atiende complaciente. Tras los pendones, un cura nervioso dispone “en dos filas” las cruces procesionales de plata, que portan sólo hombres. Otra modernidad: la división sexual del trabajo eclesiástico. Los pendones y las



Si quieres que te cante
la purrusalda,
quítate la camisa,
quédate en faldas;
olé, morena
quédate en faldas.





cruces son cosa de hombres, como Soberano. Las mantillas, los velones, las flores y las andas de la Virgen, cosa de mujeres.

Las cruces parroquiales, que se adivinan de platas y alpacas más o menos falsas, recosidas de estaño, son sencillas, a veces simples crucifijos o custodias, nada que ver con la de Toledo o la de Valencia. Después de las cruces, procesionan los estandartes parroquiales, llevados por niños y niñas que hoy hacen la primera comunión, vestidos de marineros, de novias infantiles o de bercianos. Detrás viene una cuadrilla de romeros de la Cuesta del Peregrino de Camponaraya, que hacen su romería el mes de agosto con pañuelos celestes anudados al cuello, como sanfermines desleídos. Y luego, decenas de manolas con mantilla de encaje, blanca o negra, y vela en mano, que esperan para cortejar a la Virgen. O vestidas de bercianas, portando cestillos con frutas y roscas, pastas y almendrados. Me como uno sobre la marcha. Fiesta rachada. La procesión me maravilla y me invita a pensar: da igual que sea el Santo, Semana Santa, la Cabalgata de Reyes, el día de la Encina, la Noche Templaria o el desfile de carnaval. La disposición, la estructura, es exactamente la misma y muchos de los que procesionan, también; iguales son las cornetas y tambores, y el disfraz elegido para cada ocasión. Sobre los motivos y querencias de cada uno, allá cada cual con lo suyo. Debajo de mi sayo, al rey mato.

Aquí hay tomate

Son las 12:15 horas y se avecina el encuentro de la Virgen con Cristo atado a la columna. Me pregunto en qué cabeza calenturienta, obispo o vicario, se diseñó esta ceremonia de fervor popular. Toda la historia de la tortura y calvario de Jesús de Nazaret a manos de los legionarios romanos es un caso de sadismo público, presuntamente ejemplarizante, como los autos sacramentales de la Inquisición. Y todas las imágenes que hacen al caso, como este *Ecce Homo*, como el san Sebastián acribillado con flechas o san Lorenzo vuelta y vuelta en la parrilla, esa imaginería barroca de cruces, cadenas, látigos, espinas y sangre, son iconos que pintan bien en las revistas de sadomasoquismo, y deberían repugnar en el retablo de una iglesia. Pero, ¡viva la tradición!



El encuentro se produce en la plaza del Minero, con el obispo en medio, desconcertado entre las masas. Arrastran la imagen del Cristo caras conocidas: Lina, la mujer de Susi, con semblante serio, y un ciudadano de color, de color distinto al de los indígenas, muy elegante, de camisa y corbata verde implacable, *Nanus dixit*, que no es otro que nuestro anfitrión caboberciano, José Antonio Mendes. Cuatro mujeres ataviadas de negro sacan del papamóvil a la Virgen de la Encina y la llevan en andas al encuentro con su hijo torturado, lacerado, la barba espesa y el cabello largo, cubierto apenas con un taparrabos, exhibiendo desnudos el torso, los brazos y las piernas. Si en lugar de una representación de Jesús, pusiéramos dentro de esta hornacina dorada a un inmigrante de Cabo Verde semidesnudo, o a un preso de Guantánamo con el mono naranja, ¿quién resistiría el escándalo? Pero esto no importa a nadie. Las dos imágenes se aproximan y la gente aplaude a rabiar.

El pastor, micrófono en mano, consigue algo de silencio entre las ovejas y nos informa de que estamos aquí para hacer rogativas, que se secan los pimientos. Rogativas a la carta: que llueva, si hay sequía; o que deje de llover, si hay inundaciones. Que les llueva a los de Labaniego para regar las huertas y que salga el sol en las viñas de Viñales. Que llueva a cántaros para las tiendas que venden paraguas y que luzca el sol radiante para los que venden bañadores y sombrillas. Luego el obispo invoca el evangelio de san Juan: “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

-Mujer, ahí tienes a tu hijo”.

A ver si nos entendemos. Su Ilustrísima ha leído mal la *Biblia* o se equivoca de párrafo. En Juan, 25-27, Jesús está crucificado y habla, agonizando, en presencia de las tres marías: la Virgen, la mujer de Cleofás y Magdalena. Y le dice “al discípulo a quien tanto amaba”, san Juan, “ahí tienes a tu madre”. Y a la Virgen: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Y añade el evangelista, “Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya”. Es una encomienda agónica, un testamento vital. Este pasaje leído por el obispo no tiene nada que ver con el *Ecce Homo*, donde Cristo todavía no ha sido crucificado: está de pie, atado a la columna y, por cierto, no está semidesnudo como el de Bembibre y el de Villaverde, sino bien tapado: “Llevaba sobre su cabeza la corona de espinas y sobre sus hombros el manto de púrpura” [Juan, 19, 5-6]. Los soldados habían cubierto a Jesús con un manto de púrpura para burlarse de él, “¡Salve, rey de los judíos”, y a continuación Pilatos, antes de lavarse las manos, lo presenta al pueblo con estas palabras:

-¡Ecce Homo!

¡He aquí el hombre! De modo que nada de taparrabos púdico ni de torso desnudo impúdico. Históricamente es mucho más riguroso el Nazareno de San Pedro, en Ponferrada, idónde vas a parar! Después de las burlas, dice Marcos, “le quitaron el manto de púrpura y lo vistieron de nuevo con sus ropas”. Con el Evangelio en la mano, Jesús conserva la túnica hasta llegar a la cruz: “los soldados, después de crucificar a Jesús, se apropiaron de sus vestidos e hicieron con ellos cuatro lotes” [Juan, 19, 23]. De modo que esta imagen del Santo que anda en procesión es más bien sensacionalista y poco rigurosa con la historia. No hay lugar en el Evangelio para torsos masculinos y no se puede consentir esta tolerancia selectiva de la censura, que hubiera sido muy distinta si Jesús, en vez de ser hombre, hubiera sido una mujer con los senos al aire. *¡Ecce Mulier!* Lo siento, es lo que hay.

El obispo concluye la rogativa y el Plácido Domingo del Bierzo, o sea don Antolín, desentona un himno: “Todos los pueblos vendrán cantando...” No sé si se refiere a todos los pueblos del mundo mundial –incas, mayas, hutsus, tuis, cheroques, inuits, portugueses-, o se refiere a los pueblos del arciprestazgo del Boeza, Viñales, Noceda, Labaniego..., que estos sí han venido todos, las cosas como son. La procesión continua y alcanza el momento más emotivo cuando la banda de música, plena de solemnidad y sentimiento, interpreta el himno de Santa Bárbara bendita, patrona de los Mineros, mira, Maruxiña, mira cómo vengo. Y siento que ahora es cuando de verdad se emocionan y saltan lágrimas en los rostros de las buenas gentes de Bembibre, que conocen de verdad las entrañas de la mina y recuerdan a sus muertos. Son muchas las viudas y los huérfanos del Bierzo Alto que tienen en su casa un *ecce homo* de verdad.

